

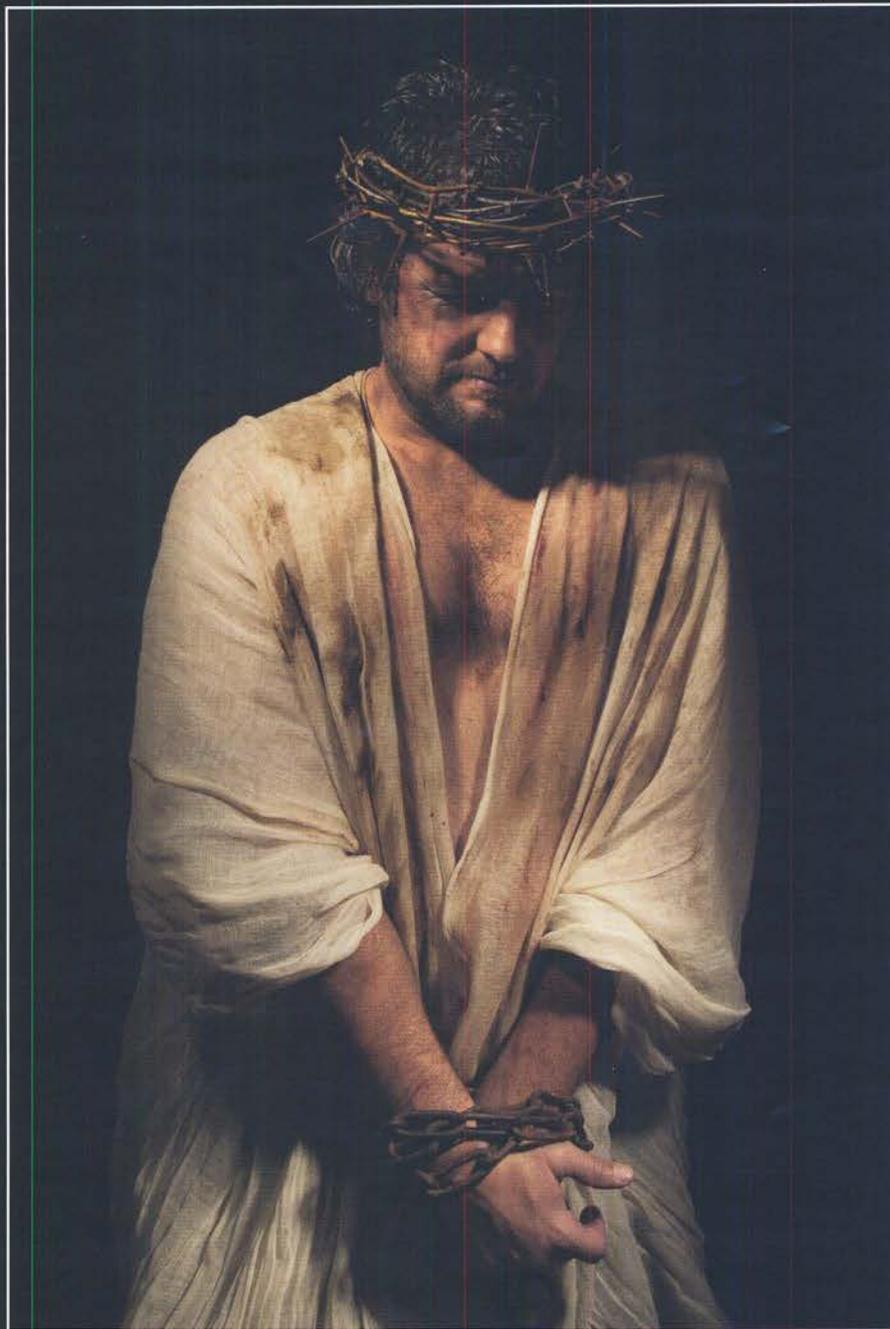


Ven

a Cristo hoy

Número 80

¿Qué dijeron de Él?



¿Qué dijeron de Él?

El relato bíblico es escueto, pero está cargado de hondo dramatismo. Son pocas las palabras que pueden rescatarse, pero todas ellas están imbuidas de profunda emoción y significado. ¿Qué dijeron los principales personajes de la historia de la cruz en aquellos momentos cruciales? ¿Qué de aquellos que guardaron silencio?

Pilato: “¿Este es el hombre!”

Pilato se sentía más que molesto por este asunto

que a él personalmente no le interesaba, pero del cual todos opinaban con apasionado interés. Vivía a disgusto en aquella apartada provincia del Imperio Romano. No le importaban nada los oscuros intereses de los que él consideraba “fanáticos religiosos”, y que le presentaban un reo con la clara y expresa intención de que fuera condenado a muerte. Pilato sospechaba de ese repentino interés en la seguridad del imperio y dudaba sobre qué hacer. Personalmente encontraba a ese

Jesús inocente, pero le preocupaba las connotaciones que podría acarrearle su decisión. Habían concurrido con un bullicioso grupo, partidarios de Caifás, que rugían amenazantes en el patio del pretorio. Un minúsculo grupo de partidarios de Jesús (principalmente mujeres) se habían atrevido a hacerse presentes y asistían mudos y confundidos ante el desarrollo de los hechos, los demás habían huido y permanecían ocultos.

Saliendo al estrado levantó la mano con gesto ampuloso y exclamó:

—*¡Aquí tienen al hombre!*— y les presentó a Jesús cubierto con un manto y una corona de espinas. ¿Qué quería decir con eso? En realidad es una frase ambigua, como lo fue toda su actuación. Tal vez pensaba provocar la risa de la multitud, pero los enemigos de Jesús respondieron con mayor furia. Con el acto público de “lavarse las manos”, Pilato se declaró a sí mismo inocente de esa muerte, cuando tenía todo el poder del imperio más poderoso del mundo para respaldar y defender una decisión diferente. La solemne frase de Pilato se diluye ante su cobardía y cinismo.

El papel tan mediocre que Pilato representó en esa hora es el mismo que hoy día millones de personas reviven en sus comunidades, hogares, oficinas, lugares de estudio o trabajo. Indecisos y temerosos, piensan bien de Jesús, pero callan (y otorgan) su condena. Tal vez tú piensas bien de Jesucristo. Era un “buen hombre”, un “gran maestro”, un “hombre santo”. Pero no es suficiente. ¿Cuál es tu decisión y tu compromiso respecto a Jesús, el Hijo de Dios?

Pedro: “¡No lo conozco!”

“Saliendo afuera Pedro lloró amargamente”.

“Y comenzó a echarse maldiciones, y les juró: — *¡A ese hombre ni lo conozco!*” (Mateo 26:74)

¡Un momento! ¿No es este Pedro el personaje que, sacando pecho y con voz recia proclamó su fidelidad y la defensa de su Maestro hasta dar su propia vida por Él?

La historia es hartamente conocida. El Señor Jesús quiso preparar a Sus discípulos para el trágico momento que se avecinaba. Más rápido que el pensamiento, Pedro se puso en pie para exclamar:

—*Señor —respondió Pedro—, estoy dispuesto a ir contigo tanto a la cárcel como a la muerte* (Lucas 22:33, NVI).

¡Pobre Pedro! Una bravuconada que casi le cuesta muy caro. Tal vez imaginó ese momento como una ocasión de gran heroísmo, rodeado de brutales soldados romanos, demostrando que él también sabía utilizar un arma para morir peleando hasta el último aliento. La astucia de Satanás lo sorprendió por completo; porque no fue un recio soldado quien lo atacó, sino una insignificante mujercilla, criada de la casa de Anás quien le espetó repentinamente: “*Tú también eres uno de ellos*”. Todas las miradas se volvieron, acusadoras y con enojo, hacia aquel hombre que hasta ahora había permanecido en silencio y sin llamar la atención de nadie. Un frío helado recorrió la espina dorsal de Pedro. Tartamudeó y no se le ocurría ninguna frase para responder a una acusación tan simple como peligrosa. “¡No lo conozco!”, exclamó, pero más miradas hostiles convergían hacia él. Desesperado, optó por el lenguaje más obscuro que podía recordar, con el fin de convencerlos de que nada tenía que ver con aquel tonto religioso. —*En ese instante cantó un gallo. Entonces Pedro se acordó de lo que Jesús había dicho: “Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces”. Y saliendo de allí, lloró amargamente.*

Pedro es un personaje que conmueve. En él se concentran varias de las características más humanas del Evangelio, tan fuerte e impulsivo, tan débil y frágil como cualquiera de nosotros. Tras su derrota más cruel Pedro supo arrepentirse y, a lo largo del resto de sus días y hasta su muerte, fue un fiel seguidor de Jesucristo. No es suficiente una declaración formal de una fe religiosa. Lo es el compromiso de fidelidad permanente con Jesús. ¿Lo harás tú también?



Isaías, profeta de Dios (750 A. de C.)

Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades
y soportó nuestros dolores,
pero nosotros lo consideramos herido,
golpeado por Dios, y humillado.
Él fue traspasado por nuestras rebeliones,
y molido por nuestras iniquidades;
sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz,
y gracias a sus heridas fuimos sanados.
Todos andábamos perdidos, como ovejas;
cada uno seguía su propio camino,
pero el Señor hizo recaer sobre él
la iniquidad de todos nosotros.





La multitud: “¡Crucifícalo!”

“Pilato, como quería soltar a Jesús, apeló al pueblo otra vez, pero ellos se pusieron a gritar: —¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!”

(Lucas 23:20, 21, NVI).

¿Quiénes eran esos hombres que de manera tan ofuscada reclamaban a voz en cuello la ejecución de un compatriota a un archienemigo como el cónsul romano? ¿Eran gente pagada por los líderes religiosos? ¿Habían estado unos días antes cuando este Jesús entró de una manera triunfal a la ciudad de David, aclamándole y festejando Su llegada entre la multitud? ¿Decidieron ahora que tal vez era más conveniente plegarse al poder dominante que buscarse enemigos muy poderosos?

Le dicen “espíritu de rebaño”. Son aquellas personas influenciables y manejables. Allí donde hay una multitud responden con sumisión a un líder que los arrastra a cualquier manifestación, ya sea a favor o en contra de alguien o de un partido.

¿Podemos juzgarlos? ¿No es acaso el mismo espíritu de muchos cristianos que se acomodan fácilmente a los movimientos llamados “de avivamiento” con entusiastas manifestaciones de fervor

y éxtasis religioso o, por el contrario, se oponen, según el tipo de líder que tenga por delante? Este es un método ampliamente utilizado por facciones políticas, pero también por fanáticos religiosos que saben ejercer este tipo de control sobre las masas.

¿Tienes convicciones personales propias o sólo eres un ente manipulado por circunstancias o peligrosos líderes que te llevarán a ponerte en el lugar y momento equivocado?

Piensa en Jesucristo, en Su vida y Sus obras, en Sus milagros y, especialmente, en Sus poderosas enseñanzas de vida. Entonces decide lo que tu corazón te dicte.

El ladrón: “¡Acuérdate de mí!”

“También llevaban con él a otros dos, ambos criminales, para ser ejecutados” (Lucas 23:32, NVI).

Si bien los ojos de todos estaban fijos en Aquel

que ocupaba el centro de la escena y la curiosidad de todos, había junto a Él dos reos que también estaban siendo ajusticiados. Uno de ellos, en la hora final de su vida, se dedicó a maldecir, blasfemar y a burlarse de aquel a quien llamaban “Cristo”. “Si tú eres Hijo de Dios, ¿por qué no te salvas y también nos salvas a nosotros?”, pero el otro, con su corazón compungido por sus propios pecados, aunque al mismo tiempo lleno de fe, rogaba diciendo: “*Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino*” (Lucas 23:42, NVI).

Con esas palabras el otro condenado se dirigió a Jesús esperando la respuesta salvadora, no para esta vida, pues él estaba consciente de sus transgresiones y crímenes. Ahora se acogía a la gracia y misericordia de Dios a través de Su Ungido. Es maravilloso pensar que esta misma gracia y misericordia está disponible hoy para ti, que tal vez has desperdiciado tu vida en el pecado, el delito o en los vicios, y estás consciente de que tu vida se acaba en esta triste condición. Aun ahora el Señor te ama y está dispuesto a recibirte en Sus brazos de amor y perdón.

El centurión: “¡Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios!”

Un corazón endurecido por la vida de cuartel y decenas de batallas. Una vida relacionada con el juego constante de la violencia y la muerte. El espectáculo de un hombre clavado a una cruz, reproducido en decenas de situaciones no le era desconocido. Pero, por alguna razón, la figura de este Hombre, herido hasta la desfiguración, agonizando hasta morir, le inspiró esta frase que ha quedado para todas las generaciones: “*¡Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios!*” (Marcos 15:39, NVI).

¿Qué vio o qué oyó este rudo soldado en el momento de la muerte de Jesús?

Tenemos en estos dos últimos casos palabras sorprendentes de diferentes personas respecto a Jesús. ¿Cómo un hombre aparentemente derrota-

do hasta la humillación más extrema, aniquilado hasta la muerte por Sus enemigos puede despertar tales convicciones? El mismo Señor Jesucristo había anunciado el resultado de Su entrega y sacrificio: “*Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo*” (Juan 12:32, NVI).

Mientras algunos ven en la cruz el triunfo del pecado, muchos otros podemos ver en ella el triunfo y la gloria del Señor. ¿Qué es la cruz para ti?

Tomás: “Señor mío y Dios mío” (Juan 20:28, NVI)

Tomás ha sido conocido como el discípulo incrédulo, pues ante la noticia dada por sus compañeros de que el Señor había resucitado se negó simplemente a aceptar tal afirmación. Les contestó: “*Si no veo en sus manos las heridas de los clavos, y si no meto mi dedo en ellas y mi mano en su costado, no lo podré creer*” (Juan 20:25, DHH).

Sin embargo, Tomás también ha sido calificado como “un incrédulo honesto”. Su incredulidad no estaba fundamentada en una obstinación en lo imposible, sino más bien en una perplejidad ante un milagro que escapaba a todo razonamiento lógico. Gracias a la “incredulidad” de Tomás tenemos la comprobación palpable que lo que todos vieron no era una fantasía de la mente, ni siquiera un fantasma. Era el Cristo resucitado en carne y hueso, palpable y, principalmente, accesible. Porque el Cristo resucitado aparece una vez más entre el grupo de los doce; muestra Sus llagas y heridas, pide que lo toquen y comprueben.

¡*Señor mío y Dios mío!* —exclamó Tomás. Y abrió la puerta a todos los que pudieran llegar a dudar.

¡Qué gloriosa declaración, y que bueno hacer nuestras estas palabras de fe y testimonio desde lo más profundo de nuestro corazón!

“*Éstas se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengan vida*” (Juan 20:31, NVI).



Pablo: “¡Se me apareció también a mí!”

“Se me apareció también a mí” (1 Corintios 15:8, NVI).

En su carta a la Iglesia de Corinto, el apóstol Pablo, anteriormente anticristiano y perseguidor de la Iglesia, hizo referencia a la resurrección de nuestro Señor en estos términos:

“Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer día según las Escrituras, y que se apareció a Cefás, y luego a los doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales vive todavía, aunque algunos han muerto. Luego se apareció a Jacobo, más tarde a todos los apóstoles, y por último, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí” (1 Corintios 15:3–8, NVI).

Aun cuando por su pasado de perseguidor de la Iglesia, Pablo se consideraba indigno de ser llamado apóstol (aunque era tal vez el título que más valoraba), sí reclamó el privilegio de ser testigo de la resurrección. Pablo escribió a los cristianos de Corinto, un cuarto de siglo más tarde, acerca del acto de la resurrección para anunciar con absoluta convicción: *“Se me apareció también a mí”* (1 Corintios 15:3), para finalizar exclamando:

“Pero lo cierto es que Cristo ha resucitado. Él es el primer fruto de la cosecha: ha sido el primero en resucitar” (1 Corintios 15:20, DHH).

En este día también tú puedes hacer tuya esa declaración, reconociendo en el Cristo resucitado a tu Salvador, a tu Señor y a tu Dios.